

G.K. CHESTERTON

El hombre que sabía demasiado



Para Jorge Luis Borges, que no dejó nunca de leerlo y admirarlo, Chesterton fue un incomparable inventor de cuentos fantásticos: «Pienso que Chesterton es uno de los primeros escritores de nuestro tiempo y ello no sólo por su venturosa invención, por su imaginación visual y por la felicidad pueril o divina que traslucen todas sus páginas, sino por sus virtudes retóricas, por sus puros méritos de destreza». Fiel exponente de estas aseveraciones es el ciclo de relatos agrupados bajo el título de *El hombre que sabía demasiado*, una de las obras predilectas de Borges, en la que el escritor británico nos presenta a Horne Fisher, un peculiar funcionario del Imperio que va tropezando a lo largo de su carrera con una serie de misteriosos asesinatos cuya solución se encuentra más allá de las apariencias. Como en la mayoría de los *thrillers* de Chesterton, cada relato encierra una ingeniosa paradoja sobre la condición de la sociedad o sobre la naturaleza humana.

Como decía Borges, «hubiera podido ser un Edgar Allan Poe o un Kafka: prefirió —debemos agradecersele— ser Chesterton».

EL ROSTRO EN LA DIANA

HAROLD March, el nuevo y renombrado periodista político, paseaba con aire decidido por una meseta en la que, desde hacía tiempo, se iban sucediendo por igual páramos y planicies, y cuyo horizonte se hallaba orlado por los lejanos bosques de la conocida propiedad de Torwood Park. Era un joven bien parecido, de pelo rubio y rizado y ojos claros, vestido con un traje de tweed. Inmerso en su feliz deambular a lo largo y ancho de aquel embriagador paisaje de libertad, Harold March era aún lo bastante joven como para tener bien presentes sus convicciones políticas y no simplemente para intentar olvidarlas a la menor ocasión. No en vano, su presencia en Torwood Park tenía precisamente un motivo político. Era el lugar de encuentro propuesto nada menos que por el Ministro de Hacienda, Sir Howard Horne, quien por entonces intentaba dar a conocer su denominado Presupuesto Socialista, el cual tenía la intención de exponer a cronista tan prometedor durante el transcurso de cierta entrevista que ambos tenían concertada. Harold March, por su parte, pertenecía a esa clase de hombres que saben todo lo que hay que saber sobre política pero nada acerca de los políticos, además de ser poseedor de unos notables conocimientos sobre arte, letras, filosofía y cultura general (acerca, en fin, de casi todo excepto del mundo en el que vivía).

Bruscamente, en medio de toda aquella soleada y ventosa llanura, se topó con una especie de grieta o hendidura en el terreno que apenas resultaba lo bastante estrecha como para recibir tal nombre. Tenía el tamaño justo para albergar el cauce de un pequeño arroyuelo que desaparecía a intervalos por entre verdes túneles de maleza que simulaban un bosque en miniatura. No en vano, aquella visión le hizo sentirse extraño, como si fuese un gigante que otease el valle de unos pigmeos. Sin embargo, cuando descendió a la cavidad, dicha impresión desapareció. Las rocosas márgenes, si bien apenas tan altas como una casa, pendían por encima de su cabeza formando un perfil parecido al de un precipicio. Cuando comenzó a caminar arroyo abajo, animado por una despreocupada pero romántica curiosidad, y vio el agua brillar en pequeños jirones por entre aquellos grandes cantos rodados grises y aquellos arbustos de aspecto tan suave que parecían grandes matas de musgo verde, se sintió transportado por su imaginación. Era como si la tierra se hubiese abierto y lo hubiese engullido hasta conducirlo a algún submundo de sueños. Y por fin, cuando advirtió la presencia de una figura humana, oscura contra la luz plateada del arroyo y sentada sobre un gran pedrusco como si de un enorme pájaro se tratara, le embargó el presentimiento de que estaba a punto de encontrarse con la amistad más extraña de toda su vida.

Aparentemente, el hombre se hallaba pescando o, al menos, absorto en la actitud de un pescador más inmóvil de lo habitual. March pudo examinarlo casi como si se tratase de una estatua que estuviera a punto de cobrar vida. Era alto, rubio, de aspecto algo lánguido y cadavérico, y en su rostro destacaban sus párpados pesados y su nariz prominente. Cuando la sombra de su blanco sombrero de ala ancha le cubría la cabeza, su fino bigote y su esbelta figura le conferían una apariencia juvenil, pero en aquel momento el panamá yacía a su lado, sobre el musgo, lo que le permitía apreciar al espectador una frente prematuramente calva.

Esto, sumado a una apreciable flaccidez en la piel que le rodeaba los ojos, le daba cierto aire pensativo e incluso preocupado. No obstante, lo más curioso de todo en él, según podía descubrirse tras un somero examen, era que, aunque parecía un pescador, en realidad no estaba pescando.

En lugar de una caña de pescar llevaba consigo algo que muy bien podría haber sido un salabardo, como los que utilizan algunos pescadores, pero que se asemejaba más a una de esas redes comunes y corrientes con las que juegan los niños para capturar camarones o mariposas. Una y otra vez, el hombre sumergía la red, observaba con gran seriedad la porción de lodo y malas hierbas recogida con ella, y vaciaba su instrumento unos instantes más tarde.

—No, no he capturado nada —señaló tranquilamente, respondiendo a una pregunta que nunca le fue dirigida—. Siempre que lo hago, tengo que devolverlo al agua, especialmente si se trata de un pez gordo. Pero en cambio algunos de los animalillos más pequeños sí que me interesan cuando los cojo.

—Un interés científico, supongo —dijo March.

—De un tipo más bien de andar por casa, me temo —contestó el extraño pescador—. Uno de mis pasatiempos es lo que se ha dado en llamar el fenómeno de la fosforescencia. De otra manera, resultaría bastante embarazoso ir paseando por ahí cargado con un pescado hediondo, ¿no cree?

—Supongo que sí —dijo March con una sonrisa.

—Qué grotesco resultaría entrar en un lujoso salón cargado con un gran bacalao luminoso —continuó el extraño haciendo gala de una apática manera de expresarse—. Qué pintoresco sería que uno pudiese llevarlo por ahí como si se tratase de una linterna, o utilizar pequeños arenques como si fuesen velas. Algunas criaturas del mar resultarían verdaderamente bonitas si se emplearan como farolillos. El caracol marino de color azul, por ejemplo, que relu-

ce como las estrellas. O incluso algunas estrellas de mar, que brillan como auténticas estrellas rojas. Claro que, naturalmente, no es eso lo que estoy buscando aquí.

March pensó en preguntarle qué era lo que estaba buscando, pero sintiéndose sin fuerzas para entablar una discusión de carácter técnico cuya profundidad resultaría, cuando menos, similar a la que alcanzan muchos seres marinos, decidió recurrir a temas más corrientes.

—Delicioso escondite éste —dijo—. Un pequeño valle con su río y todo. Es como uno de esos lugares de los que habla Stevenson en sus novelas, en los que siempre debería pasar algo.

—Lo sé —respondió el otro—. Creo que es porque el propio lugar, por así decirlo, parece ocurrir y no simplemente existir. Quizá sea eso lo que el bueno de Picasso y parte de los cubistas están siempre intentando expresar por medio de ángulos y líneas quebradas. Mire, por ejemplo, esa pared de ahí como si fuera un acantilado de escasa altura que sobresaliese hacia adelante en ángulo recto y que de repente descendiese bruscamente hacia esa ladera cubierta de césped. Es como una colisión silenciosa que representase la rompiente de una enorme ola seguida de la estela que va dejando tras de sí a su paso.

March miró el pequeño despeñadero que sobresalía de la verde pendiente y asintió con la cabeza. En su interior, pudo sentir cómo crecía su interés por aquel hombre que derivaba con tanta facilidad de los tecnicismos de la ciencia a los del arte, razón por la cual, sin tan siquiera pensarlo, le preguntó si admiraba a los nuevos artistas angulares.

—Según yo lo veo, los cubistas no son lo suficientemente cubistas —respondió el extraño—. Quiero decir que no son lo suficientemente profundos. Al convertir las cosas en algo matemático las hacen transparentes, triviales. Extraiga usted mismo las líneas vitales del paisaje, simplifíquelas hasta un mero ángulo recto y lo que conseguirá será reducirlas a un simple diagrama sobre el papel. Los diagramas

poseen su propia belleza, aunque ésta sea de otra clase. Representan las cosas inalterables, ese tipo de verdades serenas, eternas, matemáticas...; lo que alguien, en fin, ha llamado el resplandor blanco de...

Calló de golpe porque, antes de que pudiera llegar a decir la siguiente palabra, ocurrió algo con demasiada rapidez como para que pudiera ser comprendido. Desde detrás de las rocas que sobresalían sobre sus cabezas llegó un estrépito similar al de un ferrocarril. Un instante más tarde, apareció un enorme automóvil. Negro contra el sol del fondo, rebasó la cresta del acantilado como un carro de batalla que se precipita a su destrucción en una última y desesperada hazaña. De manera automática, March extendió la mano en un ademán inútil, como si pretendiese coger al vuelo una taza que se hubiese caído en mitad del salón.

Durante un instante el vehículo simuló despegarse de la repisa de roca como si fuese una avioneta y, después de que el cielo pareciese girar sobre sí mismo como una rueda sobre su eje, acabó tumbado, hecho una ruina, en medio de la crecida vegetación situada al fondo, mientras una línea de humo gris comenzaba a ascender lentamente en el aire silencioso. Algo más abajo la figura de un hombre de cabello gris yacía al pie de la escarpada y verde pendiente con los miembros extendidos de cualquier manera y el rostro vuelto hacia un lado.

Dejando a un lado su red, el excéntrico pescador se encaminó apresuradamente hacia aquel lugar, seguido de cerca por su nuevo conocido. Mientras se acercaban, no pudieron evitar pensar que parecía haber algún tipo de monstruosa ironía en el hecho de que la máquina siniestrada se hallase todavía vibrando y atronando tan empecinadamente como una fábrica mientras el hombre permanecía completamente inmóvil.

Este último se hallaba incuestionablemente muerto. La sangre fluía por entre la hierba desde una herida mortal en la parte trasera del cráneo. Sin embargo, el rostro, que se

hallaba vuelto hacia el sol y estaba intacto, resultaba extrañamente fascinante. Era éste uno de esos casos en los que una cara extraña se muestra inequívocamente familiar, uno de esos casos en los que tenemos la sensación de que deberíamos reconocerla aunque en realidad no sea así. Aquel rostro, en concreto, era ancho y cuadrado, dotado de una gran mandíbula que se diría más bien propia de un primate de intelecto muy desarrollado. La boca era ancha y estaba cerrada con tanta fuerza que se veía reducida a una simple línea. La nariz era corta, y las fosas nasales de esa clase que parecen estar siempre bostezando, como hambrientas de aire. No obstante, lo más extraño de todo era que una de las cejas se torcía hacia arriba formando un ángulo mucho más pronunciado que la otra. March pensó que, paradójicamente, nunca había visto un rostro tan pleno de vida como aquél, sensación ésta que se veía extrañamente reforzada a causa de la mata de pelo canoso que lo coronaba. Unas cuantas hojas de papel asomaban, semicaídas, por el bolsillo, y de entre ellas March extrajo una cajita con tarjetas. Leyó en voz alta el nombre que figuraba en una de ellas.

—«Sir Humphrey Turnbull». ¡Vaya!, estoy seguro de haber escuchado este nombre en alguna parte.

Su compañero dejó escapar un leve suspiro y permaneció en silencio por un momento, como rumiando algo en su interior. Luego dijo sin más:

—El pobre hombre está completamente muerto —y añadió algunos términos científicos con los que su compañero se encontró perdido una vez más.

—Tal y como están las cosas —continuó diciendo su notablemente instruido interlocutor—, será mejor para nosotros, al menos desde el punto de vista legal, dejar el cuerpo como está hasta que acuda la policía. De hecho, creo que lo más adecuado sería que nadie excepto la propia policía fuese informado de lo sucedido. Así que no se sorprenda si le da la impresión de que intento mantenerlo oculto a los vecinos de las inmediaciones.

Luego, como si se sintiese obligado a aclarar su más que brusca reserva, dijo:

—He venido a Torwood para ver a mi primo. Mi nombre es Horne Fisher, lo cual podría muy bien ser un juego de palabras en relación con lo que estaba haciendo aquí, ¿verdad?^[1]

—¿Sir Howard Horne es su primo? —preguntó March—. Precisamente voy a Torwood Park para verlo. Por supuesto, es sólo en relación con su labor pública y con la magnífica posición que está manteniendo acerca de sus principios. Creo que ese Presupuesto es lo más grande que se ha visto en la historia de Inglaterra. Claro que, si falla, será también el fracaso más heroico de la historia de Inglaterra. ¿Es usted admirador de su notable pariente, Mr. Fisher?

—¡Ya lo creo! —dijo Mr. Fisher—. Es el mejor tirador que conozco.

Luego, como sinceramente arrepentido de la indiferencia que acababa de demostrar, añadió con aire rayano en el entusiasmo:

—Si le digo la verdad, no. Pero, sin duda alguna, es un tirador *extraordinario*.

Como enardecido por sus propias palabras, dio un brinco hacia la repisa rocosa que se elevaba por encima de él y la escaló con una repentina agilidad que contrastaba sorprendentemente con su general lasitud. Permaneció algunos segundos sobre el promontorio, su perfil aguileño recortado contra el cielo, bajo el panamá, mientras oteaba la campiña, antes de que su compañero hiciese acopio de las fuerzas suficientes para poder trepar tras él.

El nivel superior era una extensión de césped en la que las huellas del automóvil siniestrado parecían haber sido literalmente aradas, pero cuyo borde se hallaba como cortado por unos dientes de piedra. Cantos rodados de las más variadas formas y tamaños yacían junto al borde. Resultaba prácticamente increíble que alguien pudiera haberse dirigi-

do de manera deliberada hacia aquella trampa mortal, especialmente a plena luz del día.

—No logro entenderlo —dijo March—. ¿Estaba ciego? ¿O quizás borracho?

—Por su apariencia, ninguna de las dos cosas —respondió el otro.

—En ese caso se trata de un suicidio.

—No parece una manera cómoda de llevarlo a cabo —subrayó el hombre llamado Fisher—. Además, soy incapaz de imaginarme al pobre y viejo Puggy suicidándose.

—¿El pobre y viejo quién? —inquirió el periodista, maravillado—. ¿Conocía a ese pobre desventurado?

—A decir verdad, nadie lo conocía —respondió vagamente Fisher—. Pero *era conocido*, sin duda. En su tiempo fue el azote del Parlamento, en especial cuando estalló aquel escándalo de los extranjeros que fueron deportados por indeseables, para uno de los cuales él reclamaba la horca acusándolo de asesinato. Acabó tan harto de todo aquello que finalmente abandonó su cargo. Desde entonces se dedicaba básicamente a viajar por ahí en su automóvil, y hoy venía también a Torwood para pasar el fin de semana. Aun así, no acierto a ver la causa de que decidiera romperse la crisma deliberadamente casi a las puertas del pueblo. Creo que Hoggs (quiero decir, mi primo Howard) venía hoy expresamente para reunirse con él.

—¿Pero es que Torwood Park pertenece a su primo? —inquirió March.

—No. Era de los Winthrop, ya sabe —contestó el otro —, aunque actualmente es propiedad de otra persona, un tipo de Montreal llamado Jenkins. Hoggs viene solamente por la caza. Ya le dije antes que era un magnífico tirador.

La reiteración del elogio sobre la persona del gran estadista se le antojó a Harold March ciertamente chocante, como si alguien hubiese definido a Napoleón como un distinguido jugador de naipes. Pero otra impresión, aún a medio definir, luchaba en aquel torrente de elementos desconoci-

dos. March la hizo subir a la superficie antes de que pudiera desaparecer.

—Jenkins —repitió—. ¿No se referirá usted a Jefferson Jenkins, el reformista social? Quiero decir, ¿el hombre que está luchando por el nuevo proyecto de propiedad rural? Resultaría tan interesante conocerlo como a cualquier Ministro de Gobierno del mundo, si me permite usted decirlo.

—Sí. Hoggs le aconsejó que en ese asunto la mejor alternativa serían las casas de campo —dijo Fisher—. Y cuando el otro le respondió argumentando que la raza del ganado había mejorado considerablemente, la gente dejó de tomarle en serio. Pero, naturalmente, uno tiene que hacerse respetar como sea para poder mantener su título aunque aún no lo haya conseguido. Pero, ¡vaya!, aquí viene alguien más.

Habían echado a andar sobre las huellas del automóvil dejándolo atrás, en la hondonada, zumbando aún horriblemente como un enorme insecto que acabara de matar a un hombre. Las huellas los condujeron hasta un recodo de la carretera, que conducía en línea recta a las lejanas puertas de la propiedad. Parecía claro que el vehículo había circulado carretera abajo hasta la curva, donde, en vez de girar a la izquierda, había seguido recto a través del césped hasta alcanzar su perdición. Pero no fue este descubrimiento lo que había atraído la atención de Fisher, sino algo aún más llamativo. En el ángulo formado por la blanca carretera podía verse una oscura y solitaria figura casi tan inmóvil como un poste. Se trataba de un hombre alto, ataviado con toscas ropas de caza y con la cabeza descubierta, cuyo pelo, rizado y despeinado, le confería un aspecto verdaderamente salvaje. No obstante, visto más de cerca, esta primera y fantástica impresión se desvaneció. A plena luz la figura adquirió matices más convencionales, como los de un caballero corriente que se hubiera aventurado a salir desprovisto de sombrero y sin haberse detenido el tiempo suficiente para adecentar sus cabellos. A pesar de ello, la gran estatu-

ra no variaba, y algo profundo e incluso cavernoso alrededor de los ojos rescataba su apariencia animal de entre unos rasgos comunes.

March apenas tuvo tiempo de estudiar al hombre con mayor detenimiento pues, para su asombro, su guía se limitó a decir: «¡Hola, Jack!», y continuó caminando hasta dejarlo atrás sin prestarle más atención que la que hubiera prestado a un poste, y sin mostrar la menor intención de informarle sobre la catástrofe que había tenido lugar al otro lado del recodo rocoso. Fue algo relativamente sin importancia, pero resultó ser tan sólo la primera de una serie de sorpresas que su nuevo y excéntrico amigo se estaba encargando de proporcionarle.

El hombre que acababan de dejar atrás se quedó mirándolos de manera harto sospechosa, a pesar de lo cual Fisher prosiguió con total tranquilidad su camino a lo largo de la carretera que conducía al otro lado de las puertas de la finca.

—Ése es John Burke, el viajero —accedió a explicar—. Me imagino que habrá oído hablar de él. Practica la caza mayor y todo ese tipo de cosas. Lamento no haber podido detenerme para presentárselo, pero casi me atrevería a asegurarle que tendrá la oportunidad de conocerlo más adelante.

—Desde luego, lo que sí conozco es su libro —dijo March con creciente interés—. Me parecen dignas de toda admiración las escenas en las que describe cómo cazar un elefante luchando prácticamente cuerpo a cuerpo con él.

—Sí, yo también creo que el joven Halkett escribe estupendamente. Pero, ¿cómo? ¿No sabía que Halkett escribió ese libro en lugar de Burke? Burke es incapaz de usar algo que no sea un arma, y es imposible escribir con ella. Pero, a pesar de todo, también es un gran tipo a su manera, ya me entiende. Es tan valiente como un león... o incluso aún más.

—Parece usted conocerlo todo acerca de él —dijo March con una sonrisa de desconcierto—. Y también sobre mucha otra gente.

La despejada frente de Fisher se arrugó bruscamente y una curiosa expresión acudió a sus ojos.

—Yo sé demasiadas cosas —dijo—. Ése es mi problema. Ése es el problema de todos nosotros. Sabemos demasiado. Demasiado los unos acerca de los otros y demasiado acerca de nosotros mismos. Y precisamente por eso ahora estoy tan interesado en algo de lo que no sé nada.

—¿Y de qué se trata? —inquirió el otro.

—De por qué ese pobre hombre está muerto.

Llevarían recorrida aproximadamente una milla de aquella larga carretera conversando a ratos de esta forma, cuando a March le asaltó la singular sensación de que el mundo entero se había vuelto del revés. Mr. Horne Fisher no detestaba con especial aversión a sus amigos y parientes de la sociedad de moda. Antes bien, de algunos llegaba incluso a hablar con afecto. Pero todos ellos parecían pertenecer a una clase completamente nueva de hombres y mujeres que casualmente se llamaban igual que los hombres y mujeres que con tanta frecuencia eran mencionados en los periódicos. Con todo, ni el más sanguinario furor de la más encarnecida revuelta podría haberle parecido más radicalmente revolucionario que toda aquella fría familiaridad. Era como si la luz del día diese de lleno en el reverso del decorado de un escenario y dejase al descubierto lo que debería permanecer siempre oculto entre bastidores.

Alcanzaron las grandes puertas de la propiedad y, para sorpresa de March, las rebasaron sin obstáculo alguno y continuaron a lo largo del interminable, recto y blanco camino. Al fin y al cabo, era todavía demasiado temprano para su cita con Sir Howard y se sentía arrastrado a presenciar el final del experimento, fuese de la clase que fuese, que su nuevo amigo se traía entre manos. Hacía ya rato que habían dejado atrás el páramo, y ahora una buena parte del

blanco camino aparecía gris bajo la gran sombra proyectada por los bosques de pinos de Torwood, que simulaban barrotes grises arracimados contra la luz del sol y que se juntaban unos a otros para crear una parcela de noche en pleno mediodía. Pronto, sin embargo, comenzaron a aparecer rendijas entre ellos como si fuesen destellos producidos por ventanas de colores. Los árboles se iban separando y dispersando conforme la carretera avanzaba, mostrando los salvajes e irregulares bosquecillos en los que, tal y como dijera Fisher, los cazadores habían estado ocupados disparando sin tregua durante todo el día. Unas doscientas yardas más allá llegaron a un nuevo recodo de la carretera.

En la misma curva se levantaba una especie de posada ruinoso en la que un deslustrado letrado rezaba *The Grapes*. El rótulo, oscuro e indescifrable, colgaba negro contra el cielo y el páramo gris que podía verse al fondo, e incitaba a entrar en el lugar tanto como si se tratase de una cámara de tortura. March señaló que parecía una taberna pensada más para el vinagre que para el vino.

—Una buena frase —dijo Fisher—, y de hecho así sería si uno fuese lo suficientemente idiota como para beber vino ahí dentro. Pero en cambio la cerveza es muy buena, y lo mismo puedo decir del coñac.

Algo sorprendido, March lo siguió hasta el interior del salón. Aunque no era una persona melindrosa, no pudo reprimir un ligero gesto de desagrado ante el primer vistazo que pudo echarle al posadero, quien resultó ser notablemente distinto del afable y cordial posadero que suele aparecer en los cuentos. Era éste un hombre huesudo, muy callado tras su bigote negro y dotado de unos inquietos ojos oscuros. El investigador, taciturno por naturaleza, acabó teniendo éxito al extraerle algunos fragmentos de información a fuerza de pedir cerveza y hablarle porfiada y minuciosamente de automóviles. Evidentemente, y por alguna oculta razón que a March se le escapaba, Fisher consideraba al posadero una autoridad en automóviles, muy al tanto

de todos los secretos del mecanismo y la conducción, tanto buena como mala, de éstos, y logró dominarlo todo el tiempo con su penetrante mirada, como el Anciano Marinero en aquel antiguo poema^[2]. De entre toda esta más que misteriosa conversación salió finalmente a flote algo parecido a la afirmación de que un automóvil en particular, de una concreta descripción, se había detenido ante la posada aproximadamente una hora antes, y de que un hombre mayor se había apeado en busca de asistencia mecánica. Tras preguntarle si el visitante había precisado algún otro tipo de asistencia, el posadero dijo escuetamente que el caballero había llenado su petaca y comprado unos cuantos bocadillos. Y con estas palabras, el poco hospitalario anfitrión salió a toda prisa del salón del bar. Todavía pudieron oírlo dando portazos por algún lugar del oscuro interior.

Fisher paseó sus ojos cansados por todo el polvoriento y destartado salón hasta posarlos distraídamente sobre una jaula de cristal que contenía un pájaro disecado y sobre la cual, colgada de unos garfios, había una escopeta que parecía ser el único adorno de toda la estancia.

—Puggy era un bromista —comentó—. Al menos a su más que desagradable manera. Pero parece una broma de demasiado mal gusto, incluso para él, comprar bocadillos justo antes de suicidarse.

—Si a eso vamos —contestó March—, no es muy corriente que alguien compre bocadillos cuando se encuentra justo a la entrada de la casa a la que se dirige.

—No... no —repitió Fisher casi mecánicamente para después, de súbito, mirar con fijeza a su interlocutor con una expresión mucho más animada.

—¡Caramba! Eso sí que es una idea. Tiene usted toda la razón. Lo cual sugiere algo de lo más misterioso, ¿no es cierto?

Hubo un silencio, tras el cual March dio un nervioso respingo cuando la puerta de la posada se abrió de golpe y un hombre entró a grandes pasos para dirigirse directa-